

**Texto crítico literario de
José Sarria**



José María García Linares
Cántico

 Valparaíso
EDICIONES

UN CÁNTICO HUMANISTA

Por José Sarria

“Cántico”

José María García Linares
Valparaíso Ediciones (Granada, 2020)

José María García Linares es un joven poeta nacido en la ciudad autónoma de Melilla (“la ciudad de las fronteras” –p.40-), que ha venido a entregarnos este límpido y sereno *Cántico*, todo un alegato, una insurrección contra la dejación y la amnesia social, desde donde visualizar (que es tanto como rescatar) a los débiles, a los destinatarios de la aporofobia y la xenofobia. Poemario convertido en bandera, estandarte contra el olvido y la conformidad. “Siempre se presupone / nuestra conformidad”, escribía la poeta Ilse Aichinger.

¿Cuántas veces habrá caminado José María frente a la valla que separa la localidad norteafricana de Marruecos?, única frontera de la UE, junto a Ceuta, en África. ¿Cuántas veces habrá sido testigo de la pesadumbre, del abandono, de la visión apocalíptica de la sangre reseca en las concertinas, de las heridas que duelen menos que la indiferencia, de los ojos plagados de tristeza en quienes aspiran, desde el monte Gurugú, alcanzar el Dorado?

Todo ello ha transitado durante años por los canales de su sangre, hasta convertirse en carne de su carne y aliento de su aliento, hasta que la poética, mística de la realidad, ha hecho posible el prodigio de transformar el dolor en belleza, bajo una pacífica rebelión, contenida en ciento noventa y cinco versos, distribuidos en treinta y nueve precisas liras, desde las que asistir a la interpretación lírica del mundo, pero de otra manera, recreado desde otro prisma, al modo del poema “Pido el silencio” de Pablo Neruda: “Pero porque pido el silencio / no crean que voy a morirme: / me pasa todo lo contrario: / sucede que voy a vivirme”.

En García Linares se concita el milagro, bajo el uso de una composición estrófica no exenta de dificultad, pero elaborada con maestría, demostrando un alto respeto por la tradición (Garcilaso, Fray Luis, San Juan o Blas de Otero) y un excelente dominio de la técnica constructiva que otorga a la obra una armónica, a la vez que sólida, estructura sobre la que discurre como el ligero cauce de un río todo el sufrimiento de quienes estimulados por la fascinación del espejismo del “norte”, abandonaron un día sus raíces y con ello sus anclajes a la vida: “Buscando mi futuro / me fui por esos montes y riberas: / bajo este cielo oscuro, / soñando en las hogueras, / me acerco a la ciudad de las fronteras” (p. 15).

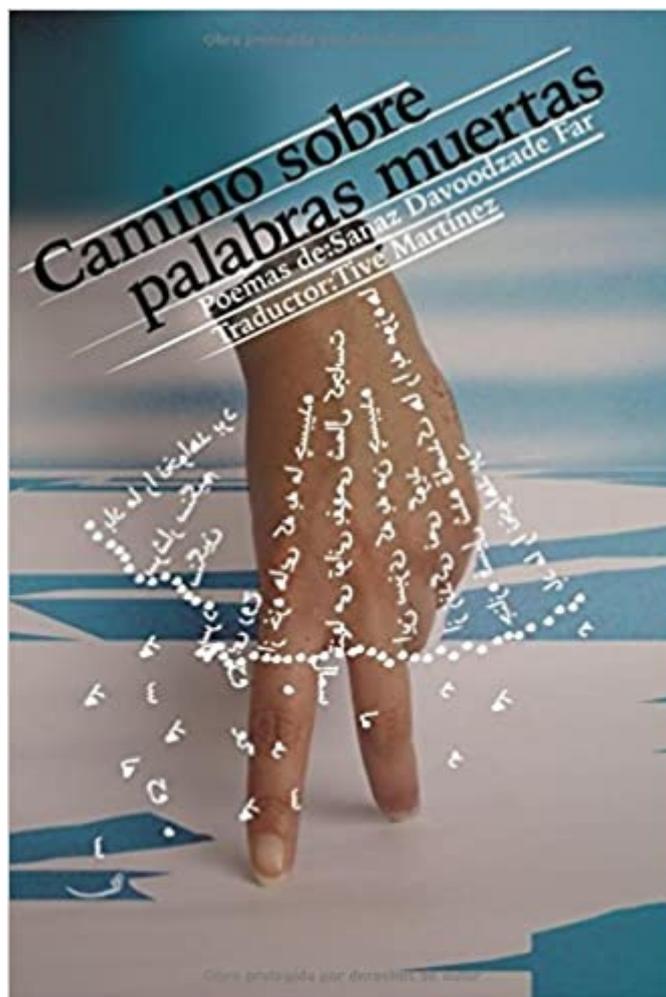
García Linares ha venido a expresar su escepticismo frente a la realidad que se dogmatiza, cada vez más, con discursos excluyentes, supremacistas, racistas y xenófobos. La presencia de lo arrebatado y perdido, junto a su decidido compromiso, conforman la poética de este luminoso *Cántico* que se eleva, desde un armonioso manantial reflexivo, a veces con una conmovedora mirada, en bastión contra la ignorancia: antídoto frente a todo tipo de violencia. “La ignorancia lleva al miedo, el miedo lleva al odio y el odio lleva a la violencia”, tal y como nos enseñó Averroes.

Cántico es el acompañamiento, abrazado, a quienes les ha sido arrebatada la voz y la esperanza, el recorrido lírico, desde los ojos, en las manos o la piel de

esos otros que caminan como única posibilidad vital. No espere encontrar el lector un relato que nos va a hablar en nombre del otro (lo cual enlazaría con la ya superada poesía social), sino que el hallazgo será el de una propuesta estética que se constituye en y desde el otro, aceptando la irrenunciable premisa de que el otro no solo existe sino que nos constituye: “Mis manos, el alambre, / el rostro de mi madre en la memoria, / dolor y furia y hambre. / La herida es la victoria / de los desheredados de la historia” (p.48).

Poesía inconformista y comprometida, que no significa militancia ni instrumentalización, sino conciencia y humanismo solidario que despliega este cántico fraternal (con reminiscencias de Juan de Yepes: liras VI, VIII, XIII o “pues solo estoy en esta noche oscura”, de la lira XXXI) con los hijos del olvido, destinatarios de la invisibilidad y el naufragio: invitación, desde la apacible mirada, a la reflexión y la consideración del dolor como hecho diferencial de la humanidad respecto de otros seres, para participar de un esfuerzo de emancipación de la sociedad mediante el establecimiento de una nueva educación sentimental de su tiempo, sobre la base de la construcción de una subjetividad encaminada a la reconquista permanente del ser, siguiendo el planteamiento de Adorno, en *La educación después de Auschwitz*: “Las personas tienen que ser disuadidas de golpear hacia fuera sin reflexionar sobre sí mismas”.

En la abisal iniquidad del discurso del diferente como enemigo, en su desproporcionado tósigo, nuestro poeta ha encontrado el adversario al que combatir, con la serenidad hermosa que le otorga la palabra, con la determinación ardiente de la poesía: subversión frente a lo que se pretende establecer como verdad, para deshacer y desintegrar una realidad que, por imperfecta, se le hace inadmisibile, abriendo portillos y ventanas para que acampe el adviento, preámbulo de la llegada de un tiempo nuevo donde “el niño jugará con la serpiente y meterá la mano en su nido”, tal y como anunciara el profeta Isaías; un tiempo por el que arriesgan su vida los protagonistas de este bello *Cántico*: “Levántase, afilado, / de alambres y cuchillas todo el muro. / Saltar al otro lado, / vivir y estar seguro / después de haber cruzado hacia el futuro” (p. 41).



LA POESÍA PERSA DE SANAZ DAVOODZADE FAR

Por José Sarria

“Camino sobre palabras muertas”
Sanaz Davoodzade Far
Cute Killa Press (2018)

“Camino sobre palabras muertas” es la primera entrega poética de la escritora y artista teatral iraní, residente en Luxemburgo, Sanaz Davoodzade Far, traducida del persa al árabe y al español (pasando por el inglés), por Tive Martínez y revisado por el poeta y traductor iraquí, Abdul Hadi Sadoun.

La palabra poética no es cosa menor en Persia, pues cobra, desde tiempo ancestral y hasta nuestros días, suma importancia en toda la región del Oriente Próximo. En la actual ciudad de Basora, existió un mercado de la poesía, el mercado del Mirbab, lugar al que “acudía la gente de lugares muy lejanos a comprar, vender, aprender o criticar la poesía”, según el poeta Muhsim Al-Ramli, y en la Arabia preislámica, en la pequeña aldea de Ukaz, cercana a la

Meca, se celebraba anualmente la feria de la región, en la que una de las actividades más destacadas era la competición poética; el ganador gozaba del privilegio de ver su *qasida* grabada en letras de oro sobre pieles que se colgaban en los muros de la Kaaba, de donde surgieron las Mu'allaqat.

Desde el primer verso de la poetisa mesopotámica Enheduana, pasando por el poema sumerio de *Gilgamesh*, el poema babilónico del *Enúma Elish*, los poetas clásicos persas: Omar Khayyam (creador de las universales *Ruba'iyat*) y Rumi (compositor del *Masnawi Espiritual*, segunda composición religiosa en importancia, tras el Corán), hasta la reciente poetisa iraquí Nazik al-Malaika que revoluciona toda la tradición secular poética oriental con su poema en verso libre, *La cólera*, la poesía se convierte en un elemento esencial en la conformación social de los pueblos de esta vasta región.

Y, en este contexto, derivado de su ingente alfaguara literaria, aparece la obra de la poeta persa, Sanaz Davoodzade Far, heredera de ese hialino caudal por donde han transitado obras tan inmarcesibles como las de Jalil Gibran, Nizar Qabbani, Mahmud Darwish, Amin Maalouf, Ali Ahmad Said Esber "Adonis", Tahar Ben Jelloun, Mourid Barghouti o Naguib Mahfuz (Premio Nobel de Literatura).

La suya es una obra concentrada en poemas muy breves, que a veces lindan con el aforismo donde, desde un proceso discursivo dicotómico: muerte/resurrección, dolor/júbilo, ausencia/presencia, reflexiona sobre los asuntos de la vida y la existencia, si bien el amor se erige como el eje axial de esta propuesta estética: "Solo puedo traducirte a través de las caricias" o "Cuando despierto, te encuentro / en mi imaginación. / Incluso cuando muera, estarás / en mi imaginación".

El proceso de deconstrucción o desolación, encuentra su corolario en el deseo por la ansiada libertad, que la llevará a elaborar magníficas metáforas y espléndidos modelos representativos: "Estoy sola. / ¿Y quieres enterrar todo el ruido de esta avenida dentro de mí?" o "Llevo el dolor grabado en el cuerpo con caracteres sumerios. / Encontrarás mi dolor en un museo", junto al júbilo que significa gozar de la alegría de la existencia: "Moriría por... / daría la vida... / Mejor les invito a tomar té. / Yo quiero la vida para vivir".

Una poesía libre, plena, elaboraba al amparo de construcciones breves, pero turgentes, donde los versos ligeros se suceden de forma abrupta, sorpresiva, que invitan a deslizarse por el poema (y a lo largo de todo el texto) sin dificultades de ningún tipo. Una obra inquieta, emotiva, precisa, ágil y sutil, elaborada desde un cuidadoso verso en prosa, que apuesta por la esencialidad, tal y como ha reflexionado el poeta italiano Paolo Ruffilli: "He aquí mi sueño de escritor: quitar peso, el mayor posible, a mi escritura... Por una ley de lo inversamente proporcional: cuanto más bajo es el tono, tanto más alto es el efecto".

Sanaz ha llegado para traer la luz, desde su propio asombro, para nombrar lo que permanece en silencio: "Cuando no puedo salir, / dibujo un caballo. / El sonido de sus pasos se escucha / entre los colores. / Es un dibujo / que nadie puede refrenar"; ese silencio místico que se encuentra, incandescente, en la llama de la palabra poética: "Ser o no ser / la cuestión es un gran error", al amparo de una voz singular, sin epigonalismos; una mirada fundante que se crece, que se magnifica en la depurada meditación o en la vaporosa intuición, antes que en la afirmación, el testimonio o la ilación: "Para llegar a ti, / camino sobre palabras muertas".

Hay lugar en este poemario para la contemplación del mundo, de su mundo, un entorno que deviene en poco hospitalario: “Nací bajo el zumbido de las balas. / Los proyectiles son parte de mi familia”, un territorio donde, según la poeta: “Si vienes a vivir aquí a los veintipocos, cumplirás los sesenta / en solo un año”; espacio al que se enfrenta, pero no a modo de conflicto o combate, sino para alcanzar a establecer, desde esa mirada reflexiva y apreciativa que acompaña a todo acendrado escritor, una reinterpretación fundante bajo el compromiso ético y estético, para hacer del momento histórico que le ha tocado vivir un tiempo dignificado y hermoso, rehabilitándole “su primigenia y herida doncellez, pensando en la soñada plenitud mítica virginal de una añorada Edad de Oro”, tal y como ha señalado el profesor Carlos Clementson. Y, así, lo escribe nuestra poeta: “La Paz sea contigo. / Ofrécele una taza de té. / Dale calma y dile / que no sea testaruda. / No podemos luchar / contra todo el mundo”.

Es la de Sanaz una poesía luminosa, aunque doliente, pero sin sombras; una poesía que va brotando, cadente, melódica, desde el espacio en blanco de la memoria y que acabará por construir un poemario armónico y pleno de significado acerca de todas las cosas “que importan y que nos hacen perdurables”, tal y como ha escrito el poeta malagueño José Infante.

Este es el territorio portentoso, el continente mágico de una poeta, su ensueño y fantasía, su desbordante imaginación que se nos ofrece áurea y frutal, gracias a su prodigiosa palabra iluminada.